

ESCOBA QUEBRADA

Cuando tenía ocho años andaba con mi vieja para todos lados, como todo nene, arrastrado bajo el ala de mamá que, atareada, se la pasaba con dos o tres pelotas en el aire.

Era una época de crisis económica, para variar en este país, año 89 estimo. Con lo que juntaba mi viejo no alcanzaba, así fue que *la gorda*, buscó la manera de arrimar un mango dando clases. Algo que había sido siempre su vocación dormida, a fuerza de necesidad comenzaba a surgir.

Empezó con lo que podía en esa época, se metió a dar apoyo escolar primario y secundario. Así arrancó con el *yeite* de la docencia, que nos daría de morfar por años. Pegó unas horas en un instituto del barrio San José, *Sanjota* para los amigos.

C.I.P.E. se llamaba, y la verdad no recuerdo bien qué significaba pero vamos a suponer que era algo tipo Centro Integral de ¿Perseverancia Educativa? No sé, venía bien pero esa “P” me mató, no se me ocurre nada mejor.

Cuestión que después del cole mi vieja nos llevaba, a mi hermano Elian que tendría 4 añitos y a mí. Entre gritos y sopapos nos lograba subir atrás del Citroen 3CV celeste cielo que mi viejo había pintado a nuevo y lo dejó hecho una flama. Un catafalco de noble naturaleza que años atrás nos había llevado a conocer Mendoza, en nada menos que 48 hs de manejo.

Por aquellos años no teníamos garage, y la nave dormía afuera. Una mañana, al salir para el cole no brillaba el 3Cv cielo, amigos de lo ajeno habían intentado fugarse con el pintoresco carromato. Lo encontramos a una cuadra estacionado en una esquina, mi viejo guardaba la precaución de sacarle el distribuidor, los platinos, o algo de eso. En aquella época *Ferny*, como le decimos, recién arrancaba con la fabrica de toldos y cerramientos. Venía de unos cuantos años de laburar como chapista y pintor de autos, pero ese negocio ya no daba para más, la inflación dilapidaba los capitales, así que comprar y vender coches se había vuelto muy riesgoso.

La cosa es que mi vieja por una cantidad de condicionamientos internos que debía tener, le costaba mucho hacer cosas sola, todo lo que fueran trámites, ir al médico, etc, le era complicado. Ni que hablar de laburar y manejar, por lo que siempre procuraba involucrar en todo lo que hiciera, a su fiel hermana. “La Tía Tere”, firme junto al pueblo.

No sé cómo fue el arreglo, pero si mi vieja conseguía un par de horas de clase, se procuraba conseguir un par más para bancar a la hermana. Esto fue así hasta que abrió su propio instituto muchos años después. El famoso “Lord Byron Institute of English”.

La Tere, y verán que le digo “La Tere” porque en mi familia los nombres femeninos iban siempre acompañados de su artículo. Esto, infiero se debe a que esa rama del árbol genealógico venía de una gran

familia de inmigrantes italianos y genoveses. Los Gallo y Los Gagliardi. Así estaban las primas como “La Luisita”, “La Susana”, “La Cristina”, “La Porota”, “La Pimpollito” y unas cuantas más que no recuerdo. Si me pongo a pensar un poco, o “deconstruir” como se dice ahora, diría que ese *artículo* estaba objetivando a las mujeres de la familia, ya que los varones no lo llevaban. Cosa medio machirula, me suena.

Pero bueno, La Tere, le dijimos siempre. Quien también tenía dos pibes, mis primos Pablo y Nico, quedaban también supeditados a la misma rutina. Por lo que al final, tres veces por semana, en ese Citroen íbamos mi vieja, mi tía, mi primo Nico, mi primo Pablo, Elian y Yo, al Centro integral de la P...o sea, C.I.P.E.

Cada vez que llegábamos a Sanjota estábamos una hora para bajarnos todos y él Citroën parecía crecer hasta que recuperaba su altura normal de suspensión. Una de las cualidades a destacar de ese modelo.

Era obvio que, con 4 pibes de entre 5 y 12 años, no se podía laburar, cuatro rompepelotas con experiencia comprobable, no sabían qué hacer para contenernos. Mi primo Pablo solía portarse un tanto insoportable, digamos travieso. Una adorable criatura que notablemente disfrutaba de la maldad. Así, fueron víctimas de sus garras las hormigas, los bichos bolita, los cascarudos y también el resto de primos y hermanos. Yo, siempre fui más tranqui, me sentaban en alguna silla, con unas hojas y una caja de lápices y me paraba solo para ir al baño. No digo esto para hacerme el buenito, claramente tenía algún mambito no diagnosticado pero a estas alturas pa qué preguntar, ¿vivo?

Tanto fue así, que mi vieja viendo que esto le funcionaba, se le ocurrió montar un cursete de dibujo con una piba que conocía. La dueña del instituto, “la gorda Urbens” o algo así, lo aprobó y hasta consiguieron un par de nenes más de afuera que ayudaron a pagar el sueldo de la profé. Nos metieron a los cuatro ahí a pintar y más o menos con eso la cosa caminaba.

A veces nos escapábamos a jugar a la calle de todas maneras. En esa época, vagar en la calle era la norma. Caminábamos hasta la juguetería de la esquina, un enorme local de paredes revestidas con pequeños fragmentos de vidrio para no tener que pintar nunca más. Una técnica que trajeron los tanos al país. Esa esquina se percibía como una máquina de sueños. Al rato de enfriar la fiata contra el vidrio volvíamos, no nos dejaban hacer más que eso. A veces pintaba un 25 en la calle, pero después de una vuelta que rompimos un vidrio nos sacaron la pelota. Dedicábamos horas a soñar con los Gi-JOE o colecciones enteras de Playmobil que se pavoneaban en esa vidriera a la que ni el mismísimo Papá Noel tenía acceso.

No que el mundo fuera un lugar mucho más seguro que hoy, yo creo que había una inconciencia mayor respecto de los peligros a los que se exponía un niño en la calle. Pero cierto es, que el vulgo ciudadano se percibía más espaciado, los catafalcos pasaban de a cada media hora, recuerdo las calles más vacías, uno podía jugar a la pelota tranquilo y cada tanto pasaba algún cachivache fumateando. Eran épocas de coches hechos pelota, el argentino promedio no podía acceder a un cero kilómetro ni soñando, todo se arreglaba, se emparchaba y salía andando. Se ataba con alambre. El conurbano bonaerense se desplegaba ante mí, más como un pueblo tranquilo y apacible, que como la selva viva y despiadada del hoy.

Mi vieja con mi tía siempre tuvieron una relación de hermanas así como decirlo, muy ... hermanada. No se como explicarlo sin caer en estas expresiones vulgares de, uña y carne, culo y calzón, etc. Así andaban todo el tiempo hasta que alguna de las dos se mandaba una cagada, un comentario desafortunado bastaba para que no se hablaran por unos días y después vuelta a lo mismo. Como si nada pasó. Así toda la vida, calculo que es la regla con los hermanos, uno puede enojarse un poco, más no pelearse para siempre. Digo yo, vah. Y estas hermanas escondían un secreto que yo develé casi sin quererlo. Porque las apariencias engañan y...

Dicen que las brujas no existen, pero que las hay, las hay.

La brujería o la magia son mucho más comunes de lo que la mayoría de la gente se atrevería a considerar. Y estas dos tenían algo más que un instituto, esa fue mi primera sospecha. Desgraciadamente no conté con otros testigos. Ese día mi hermano se había quedado con papá. Mi primo Nico tenía un partido de fútbol con la liga infantil del club La Perla y el tío Ricardo se encargó de llevar a mis dos primos a la tan esperada final de campeonato entre club La Perla y el Fragata Sarmiento, allí por los fondos de José Mármol.

No se dejen engañar amigos míos, ellas le decían “*me junto con las chicas*”, o “*estoy dando clases*”, tenían que mantener una pantalla para la familia porque el instituto ese era chico. Yo me juntaba con mis primos, íbamos y veníamos con patinetas, bicis, petardos, pelotas, no podía haber en el recibidor central cinco brujas vestidas de negro y sombrero puntiagudo. No, no. Sería algo muy obvio, era muy necesario simular. Se disfrazaban de maestras, con sus camisolines verdes, sus anteojos de lectura, su bolsillo canguro, tizas, borradores y toda la bola. Pero yo no soy tan boludo, la mesa redonda estaba, las cartas de tarot se pasaban rápida y secretamente de bolsillo canguro a bolsillo canguro y entre tortas y budines...

La Copa, sola, se movía.

O eso creí ver. Cinco sillas, cinco tazas de té, cinco puntas tiene una estrella y cada una representa un elemento primordial, fuego, aire, agua, tierra y espíritu. Cinco señoras, Literatura, Matemáticas, Inglés, Dibujo y Biología. Se juntaban y disfrazaban de tarde de apoyo escolar, un sospechoso asunto.

Un disimulado Aquelarre.

Las chicas, un grupete de señoras entradas en años y en carnes que de chicas no tenían ni la uña del meñique, entre rodajas de budín irlandes, matecitos y te de hierbas se comunicaban con los muertos, veían el futuro y reparaban la suerte de la gente. Amarres, ataduras, reconciliaciones, y promesas de abundancia.

Y ese día, el único testigo fui yo.

Al principio no noté nada raro, pero conforme fue pasando la mañana me pareció que mi vieja y mi tía estaban teniendo alguna clase de altercado. No sé qué habría sucedido, imagino que un comentario fuera de lugar las había alborotado, pasaban por mi lado haciendo cada una sus propias cosas, refunfuñando, como queriendo demostrar que tenían algo que hacer mucho más importante que lo que hacía la otra. Iban y venían con tazas de té, cucharitas, apuntes. Cada una tenía un muchacho en un diferente salón y estaban supuestamente, dando clases. Pero como dije, esto era una charada, sospecho que en realidad eran

consultantes. Y yo como estaba sentado dibujando en el medio del recibidor, veía toda esta situación desplegarse ante mí, de tal modo que sentíame invisible. Creo que ellas por un momento dejaron de advertir mi presencia, y fue entonces que el maquillaje, se soltó.

En un momento noté algo extraño. Mi vieja pasó para la cocina con una taza de té al tiempo que mi tía venía en dirección opuesta y antes de cruzarse, la Tere se resbaló golpeándose las nalgas contra el piso, y juraría que vi a mi vieja mover el meñique de izquierda a derecha justo antes que esto pase.

La Tere, inmediatamente se dio vuelta, pero respiró hondo y la dejó pasar. Al rato volvieron a cruzarse y ví que Teresita movía la nariz, y juraría que ese flor de gancho arabe que portaba era su principal varita mágica. Haciendo un gesto medio que la picoteó en el aire, a mi vieja se le desabrocho el pantalón y se le soltó la panza para afuera. Una panza blanca y redonda. No hacía falta demasiado Chi para soltar ese botón, era sin dudas el héroe solitario de todo su atuendo capaz de contener enormes cantidades de amor de beluga. Me quedó claro que a estas alturas algo estaba pasando. Acto seguido se empezó a sentir una energía, como una fuerza gravitatoria que me tiraba hacia atrás, alejándome de ellas. Cruzaron miradas, se trenzaron, mi mamá lanzó un gesto con su mano tratando de agarrarla del cuello a la distancia, mi tía se dobló de dolor pero haciendo un contra gesto logró que mi madre se resbalara. Para ese entonces ambas habían desplegado el compás de pizarra típico de toda maestra, solo que en este caso eran verdaderas varitas camufladas. Mi madre desde el suelo hizo un gesto con el compás, como dibujando una espiral en el aire que empujara la fuerza hacia adelante de ella y mi tía salió volando hacia atrás. Aterrizó contra la heladera y el microondas, que cayó estrellado contra el suelo.

La cosa se puso fulera.

No atiné a decir nada porque la realidad es que me había orinado el pantalón. Mi tía arremetió con todo y con un grito de fuerza empujó a mi madre a través de la vidriera frontal del local, llevando la pelea a la calle.

-¡Aimra'at Saminá!- le gritó. Que significa algo así como -¡Gorda!- en árabe.

Mientras mi vieja juntaba sus partes de entre los vidrios, La Tere agarró un escobillón común de esos que hay en cualquier casa, se lo calzó entre las piernas y salió volando por la ventana del negocio pasando rasante por mi lado, un alumno sorprendido y mi madre que no terminaba de ponerse de pie. En su fugaz carrera hacia lo alto, dejó una nube de polvo y vidrios pequeños a su paso. Yo había llevado mi cámara de filmar, una Super 8 Chinon que me habían regalado para el cumple, no me despegaba de ella. Rápidamente hice lo posible por filmar el acontecimiento, más los cartuchos de película duraban sólo tres minutos, costaban una fortuna y había que mandarlos a revelar a Alemania, por lo que había que fijarse muy bien que valía la pena filmar y que no, pero esto era oro puro. La cagada fue que las condiciones de luz no alcanzaban para la sensibilidad de esas camaritas y tiempo más tarde solo pagamos por revelar una nube negra.

Fui tras ellas.

En la calle, mi madre se puso de pie, miró al cielo y vio a la Tere flotando entre graves nubes de tormenta. La lluvia cedió sobre nosotros como un manto divino que imploraba una piedad hipotética. Mi madre, sacudió los vidrios de su mameluco, limpio la sangre que manaba por su nariz y sin quitar la vista de su hermana que la esperaba en pleno contraste con el firmamento, hizo uso de una fuerza telequinética, hasta el momento desconocida para mí. Alzó su brazo izquierdo y atrajo una escoba común hacia su mano con feroz diligencia. La atrapó con firmeza, y las gotas contenidas en el objeto explotaron en radial dirección. Secó la transpiración de su frente y llevó sus colorados rizos mojados hacia atrás, más la lluvia la volvió a empapar. Los arañazos provocados por la lluvia de vidrios la hacían lucir temeraria. La ira que expresaba su mirada fue algo que solo le vi aquella vez y el día que mi viejo le regaló una plancha para un aniversario de casados.

–¡Te dije que era para un seis! –. Le gritó La Tere desde lo alto. Y un relámpago iluminó el cielo convirtiéndola en una silueta negra.

–¡Es un burro, no está para aprobar ese pibe! ¡¡No sabe sumar, ponele la nota que tiene que tener y que el padre se haga cargo!! –. Le devolvió mi vieja desde la calle.

–Baja de una vez!, ¡Ridícula! –. Aseveró, buscando una forma de conciliación pero al mismo tiempo insultando. Conociéndola, diría que esa siempre ha sido su retorcida manera de pedir disculpas, las cuales, obviamente no fueron aceptadas.

–¡No! ¡Subí vos a ver si te aguanta la escoba! ¡¡Jajajajaja!! –. Le gritó mi tía riendo con una carcajada de lo más tenebrosa al tiempo que un rayo impactaba en la antena parabólica del local de radios de la esquina.

Nunca las había visto así, no podía parar de filmar, a pesar de que el rollo ya se había terminado hacía dos minutos. En esa distracción, mi vieja tomó impulso y se elevó altísimo en cosa de un segundo, la onda expansiva agitó nuestros atuendos. Empezaron una celestial persecución, lanzándose todo tipo de ataques mágicos, rayos, bolas de fuego e hielo, empujones energéticos, parecía que ninguna quería ceder. De pronto, un fulminante rayo disparado por las dos quebró al medio las escobas de cada quien y apenas podían sostenerse en el aire. La violencia contenida por años las había cegado completamente.

Sacándonos del trance al alumno y a mí, estacionó de pronto un Ford Escort Cabriolet, rojo carmesí, el auto de rico de esa época. Bajó del mismo el padre del pibe en cuestión que se presentaba en escena como un Deus Ex Machina. El pibe, que semejante huevón tendría al menos unos 15 añitos, al parecer no estaba pudiendo aprobar matemática, era medio maleta vamos a decir. Así que me había equivocado, no era un consultante, esta vez estaban dando clases de verdad. El pibe se encontraba de pie, parado al lado mío mirando el espectáculo tan anonadado como yo. El padre se acercó a nosotros.

–Che pibe, te measte –. Me dijo, pero no le di bola.

Calló un momento. Nos vio atentos al firmamento en total rectitud bajo la lluvia, y la curiosidad lo forzó al mismo camino, el movimiento involuntario de su mandíbula dejó caer el pucho que sostenía entre sus labios de forma totalmente accidental e inconsciente. Deslizó lentamente sus negras y circulares gafas de padre divorciado buscando un levante y agachándose un poco, sin quitar la mirada del cielo, me preguntó:

–¿Esa no es tu vieja nene? –. Asentí con la cabeza. Al hacerlo, caí en cuestión de que esto necesitaba un corte así que les pegué un grito.

–¡Vieja! ¡Vino el padre de Maleta! –. Ya era común que le dijeran entre ellas Maleta al pibe porque bueno, no le salía una puta suma pobre. Ellas eran muy de ponerle sobrenombres a todo el mundo, pero eso no se si es cosa de brujas o de tanas, una manera de hablar en código sobre la gente.

Mi vieja me oyó, ambas lo hicieron y frenaron. Los ojos de mi madre se hincharon como huevos duros y ambas bajaron hasta nosotros a una velocidad que asemejaba una teletransportación. Inmediatamente nos tocaron la frente a cada uno y al momento desperté.

No recordaba cómo había llegado allí, pero evidentemente me había quedado dormido. Sentado, dibujando, sostenía mi lápiz y una amarga sospecha. Mi madre y mi tía pasaron de la cocina a las aulas una o dos veces y me miraron fijamente, mientras revolvían sus respectivos tecitos. Observé con cuidado mis alrededores, todo lucía lo más normal. Habrá sido un sueño, concluí. Excepto una cosa que me llamó la atención. El mango de la vieja escoba estaba quebrado en dos.

Con los años me enteré lo que significaba realmente la sigla C.I.P.E.

Centro de Investigaciones Paranormales y Educativas.

Nunca más las vi pelear así de nuevo, pero brujas, siguen siendo.

En la antigua casa de mis padres aún está colgada en la pared del comedor,

como recuerdo vivo de que entre hermanos no se pelea,

Una vieja Escoba Quebrada.

